

La exclamacion de mi lego me hizo reparar en la rotonda exterior del teatro, y en efecto tuve la satisfaccion de ver inserito y tallado en piedra el nombre de nuestro *Lope de Vega*, del *Fénix de nuestros ingenios*, entre los de *Terencio*, *Racine*, *Moliere*, *Scheller*, *Mehul*, *Corneille* y *Esquiles*. El de *Lope* estaba el segundo, y le habian escrito *Lopez*, que era la z á que aludia Tirabeque. Indecible es el placer que experimenta un español amante de las glorias de su país cada vez que en extraños climas encuentra honrado de este modo algun ingenio de su patria.

El teatro de Ambéres es una obra maestra de arquitectura y de distribucion, y aventaja á los mejores teatros en la riqueza, elegancia, y buen gusto de su ornato. ¿Se puede saber para qué ha sido tanto ornato, tanta elegancia, tanta riqueza y tanta suntuosidad? Yo no lo sé, porque la mayor parte del año está cerrado, como lo estaba cuando mi paternidad anduvo por allí. Mal concuerda tanto lujo en el edificio con tanto abandono en la escena. Y es que los pueblos mercantiles generalmente son poco afectos á las representaciones tēatrales. Con la gente del tanto por ciento poco han medrado siempre las compañías dramáticas.

#### Prepárense para marchar.

Visto lo mas notable de Ambéres, me di á mi mismo y di á Tirabeque la voz de: « preparen la marcha; » y mientras él hacia la maleta, yo me llegué á casa de *Mr. Loyaert*, rico negociante amberino, para quien yo llevaba letra abierta y recomendacion cerrada, el cual despues de haberme habilitado de la competente provision de *florines*, signo monetario del país que me proponia visitar, y de letras de todas clases para las ciudades holandesas, se empeñó en no abandonarme hasta el momento de partir.

El nos vió tomar nuestra sopa de apio, yerbas y arroz; él nos acompañó á la diligencia, y nos recomendó al conductor (que por cierto en el uniforme y en el *coram-vobis* parecia un plenipotenciario), y á las tres de la tarde

#### Salimos de Ambéres,

ó por mejor decir, á los tres rodaba ya el carruaje, pero á las tres y cuarto aun no habiamos acabado de pasar tantas líneas de fortificacion, y tantos fosos, y tantos puentes levadizos, y tantas cortinas, y tantos rebellines, y tantas médias lunas, y tantos fuertes

avanzados, y tantas estacadas, y tantos centinelas como defienden y guarnecen la plaza por todas partes.

Íbamos en compañía de dos estatuas, ó sea de dos taciturnos holandeses, que por no abrir los labios para nada, no se quitaban la pipa de la boca.

Los caminos de hierro habian concluido. Á uno y otro lado del que ahora llevábamos se advertian muchos bosques nacientes. Los pequeños pueblecitos que se encontraban, ya tenian otra fisonomía; las ventanas góticas de las casas las hacian parecer pequeñas ermitas ó templitos. Era ya noche cuando llegámos á la aduana de la línea holando-belga: el registro de los equipajes no fué muy escrupuloso; el de los pasaportes lo fué algo mas (1). El reloj de *Breda* daba las ocho al tiempo que entrábamos en esta primera ciudad de los Países-Bajos.

## H O L A N D A .

#### Ojeada histórico-geográfica.

Estamos en la Holanda, en ese país singular que no tiene cosa que se le parezca á los demas países que hasta ahora hemos visitado.

Hemos dejado la Bélgica al Sur; tenemos al Este la Prusia, y al Setentrion el mar del Norte. Tres millones de habitantes ocupan un territorio de 80 leguas de longitud, y ancho de una mitad. Corta es la poblacion de la metrópoli; la tercera parte nada mas de la que tienen sus colonias de África, de América y de Oceanía.

Los rios, lagos y canales que la riegan, sus producciones y costumbres, el carácter y ocupaciones de sus habitantes, todo lo iremos encontrando poco á poco. Echemos ahora una rápida ojeada por su historia desde el punto que mas puede interesar á un español, desde el *Compromiso de los Nobles*, ó sea desde la venida del duque de Alba y de los castigos de los condes de Horn y de Egmond. En capitulo de Brusélas dije que el jefe principal de aquella rebellion habia logrado libertarse, por medio de la fuga,

(1) Sin duda sospechaban si alguno de nosotros sería el general *Vandersmissen*, á quien entónces deseaban echar el guante para darle su merecido por la intontona Orangista que habia hecho, y que, cuando esto escribo, acaba de escaparse de la prision de Brusélas disfrazado con los vestidos de su mujer.

de la ferocidad del sanguinario duque. Este intrépido jefe era *Guillermo de Nassau*, príncipe de *Orange*.

La venida del formidable ejército español, junto con el sistema de sangre y de venganza del de Alba, había puesto en consternación todo el país. Nadie pensaba ya más que en someterse. En medio del general abatimiento, solo un hombre no desespera de la salud de la patria. Guillermo de Nassau vuelve á tomar las armas, y alienta á los batavos á sacudir el yugo español. No tiene tropas ni recursos pecuniarios con qué resistir al más poderoso monarca de Europa, Felipe II; pero las mismas persecuciones, la sangre misma de los dos primeros jefes de la sublevación, le inspiran el valor, el coraje de la desesperación, y logra echar los cimientos de la República de las Provincias Unidas. Los Estados de Holanda y de Zelandia reunidos en Dordrecht, hacen causa común con el príncipe de Orange, y le reconocen por *Stathouder*. Decrétase que cada provincia, cada ciudad conserva sus privilegios, fueros y derechos, y se hace una liga ó federación para socorrerse y auxiliarse entre sí. Desde este momento los batavos se creen libres y desobligados del juramento de fidelidad que habían prestado al rey de España; y al cabo de una guerra de ochenta años, en que se peleó de una y otra parte con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplares la historia, los españoles se ven obligados á reconocer por el Tratado de 1648 á las *Provincias Unidas* por un Estado libre, soberano é independiente.

Las siete *Provincias Unidas* comprendían los condados de Holanda y de Zelandia; el ducado de Frisia, de Over-Yssel y de Groninga; les estaba anejo el país de Drenthe, y reconocían su autoridad el Brabante holandés y la Flándes holandesa.

Cerca de un siglo después, en 1747, el pueblo, para recompensar á una familia que había dado en todos tiempos tantas pruebas de decisión por la causa nacional, pidió que la dignidad de *Estatuder* ó el *Estatuderato* fuese vitalicio. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, conocido bajo el nombre de Guillermo IV, es elegido por aclamación *Estatuder* (1), y en seguida se decreta que el *Estatuderato* sea hereditario en la familia de Orange, aun para las hembras.

Guillermo V, hijo del precedente, era el *Estatuder* cuando las

(1) Era aneja al *Estatuderato* la comandancia general de los ejércitos, el derecho de disponer de los empleos militares, la elección de los magistrados á propuesta de los pueblos, y la prerrogativa de perdonar á los criminales.

armas francesas invadieron y conquistaron la Holanda en 1795, y toma el país el nombre de *República Bátava* hasta en 1806, que erigida en reino le tocó, en las partijas que Napoleón hacía de las coronas entre la familia, á su hermano Luis Bonaparte. Así permaneció hasta el mes de Noviembre de 1813. Las victorias conseguidas por los aliados, ó por mejor decir, el cambio de fortuna que acarreó á Napoleón la derrota de sus ejércitos en España, fué volviendo á Holanda su nacionalidad; y en 1815 es nombrado Guillermo Orange Nassau por el Congreso de Viena, rey de los Países-Bajos, agregada la Bélgica á la Holanda. Viene la revolución del año 30, erigese la Bélgica en reino independiente, y queda el reino de Holanda solo y aislado, tal como está hoy, y con arreglo á los límites que le señalaron los protocolos de Londres.

Reinó hasta el año 40 Guillermo I; pero en este año, y á los 68 de su edad, y cuando acababa de nacerle un *biznieto*, dijo que le hacía más gracia cierta condesa que la corona, y siguiendo el consejo de San Pablo « *melius est nubere quam uri*, mas vale casarse que abrasarse, » cambió el cetro por la condesa, y abdicó, conservando el título de rey, en Guillermo II su hijo, que actualmente reina.

Hoy la Holanda está dividida en nueve provincias, lo mismo que la Bélgica, á saber: la Holanda propiamente dicha, la Zelandia, el Brabante holandeses, Utrecht, Gueldres, el Over-Yssel, Drenthe, Groninga y la Frisia.

#### BREDA.

Esto muda de especie.

Si los hombres-estatuas de la diligencia no nos hubieran anunciado ya bastante el cambio de clima y de costumbres que íbamos á experimentar, lo hubiéramos conocido tan luego como nos apeámos en el hotel de BREDA, primera ciudad del Brabante holandés, y cuya población será de unos 5,500 habitantes.

Entrámos en una sala baja de comedor, en la cual había como media docena de holandeses pegados á otras tantas pipas, y sentados al amor del fuego de uno cocinilla francesa. Pocas palabras salían de su boca, pero en cambio salía mucho humo: y si algo hablaban era en el idioma del país, del cual nos quedábamos en ayunas. También pensámos quedarnos ayunos de cena, porque la mesa estaba por cubrir, y nadie nos invitaba ni se curaba nadie

de nosotros. — Señor, me decía Tirabeque, esta gente sin duda se mantiene de fumar; pero bien debían hacerse cargo que los extranjeros, y más los que no usamos pipa, nos mantenemos de comer.

Ya observámos que á cada uno lo iban sirviendo según pedía, y nosotros pedimos también, empezando á valerlos para nuestras comunicaciones del idioma francés, que (de paso sea dicho) es hoy el idioma general y al que tiene que recurrir el extranjero, pues aunque la lengua del país es la holandesa ó neerlandesa, que no tiene absolutamente punto de contacto con las lenguas meridionales, las gentes instruidas regularmente saben el francés, y en cada hotel suele haber uno ó más mozos que también lo hablan, para entenderse con los extranjeros. Esto no obstante, no le faltarán á Tirabeque sus apurillos para haber de traducir, como él decía, las gramáticas de aquella tierra.

Cenado que hubimos, y recibida la orden del conductor de estar listos á las cuatro de la mañana, subimos por una escalera pendiente, y no de resolución, á la habitación de acostarse, y no de dormir. ¿Quién había de dormir en aquellas medias camas, en que si el cuerpo había de tomar la extensión de reglamento, tenían las piernas que decir un « á Dios » á la ropa? ¿Ni cómo consentir las piernas en una emigración á la región del hielo? Porque región de hielo era toda la habitación; no es extraño, puesto que aquella noche cayó una decente nevada, y la ventana era ni más ni menos que nuestro sistema de aduanas y resguardos, pues se colaba tan frescamente hasta nuestros rostros un remusguillo de contrabando, que no había modo ni manera de poder conciliar el sueño.

— Señor, me preguntaba Tirabeque desde su cama, ¿me hace Vd. el favor de decirme si hemos dejado la ventana abierta? — Estoy seguro que no, porque la he cerrado yo mismo. Pero tú que estás más cerca de ella, puedes cerciorarte para mayor seguridad, y poco te costará incorporarte y alargar la cabeza para verlo. — Señor, yo lo haría de buena gana, pero temo que se me hiele en el camino. ¿Está Vd. muy encogido, mi amo? — No es cosa; las rodillas están en contacto inmediato con la barba. ¿Y tú? — Yo, señor, *etcétera*. — ¿Cómo *etcétera*? — Es decir, que mi cuerpo está hecho una &.ª ¡Ay, mi amo, mi amo! Esto muda ya de especie. ¿Qué se han hecho aquellas benditas camas de los hoteles de la Bélgica?

— Diga Vd., señor, y Vd. perdone, ¿no sabe Vd. por ahí algu-

na historia de este pueblo que contarme, y en que poder pasar un rato de tertulia? — Algo sé, Pelegrin, yo no tengo inconveniente en referírtelo; pero mira que no tendrá gracia que te duermas. — Gracia tendría, sí señor; pero pierda Vd. cuidado, que no está la noche ni la cama para permitirme esta gracia.

#### El caballo de Troya.

— ¿Tú habrás oído, Pelegrin, hablar algo del famoso *Caballo de Troya*? — Sí señor, que he oído; ¿era acaso de este pueblo? — No, hombre, no empieces á disbarrar. Habrás oído que los griegos, fatigados de no poder tomar á Troya al cabo de diez años de sitio, discurrieron construir un desmesurado caballo de madera, en cuyo vientre se encerró la flor de sus héroes: que habiendo presentado esta máquina delante de la ciudad fingiendo ser un voto hecho á Minerva, los troyanos creyéndolo de buena fe, no tuvieron inconveniente en dejarle entrar hasta la ciudadela donde estaba el templo de la diosa; y saliendo entonces de repente los guerreros armados, sorprendieron la guarnición, y tomaron la ciudad. — Así es la verdad mi amo, y aun tengo entendido que un tal *Simon* tuvo la culpa de todo. — *Simon* habrás oído, hombre, que no *Simon*. Efectivamente ese *Simon* fué el que más contribuyó á engañar á Priamo.

— Pero diga Vd., mi amo, y Vd. me ha de disimular. ¿Qué tienen que ver las historias de los griegos con las de los holandeses? Á no ser que sea porque para mí todos hablan en griego..... — Ahora te lo diré.

— Has de saber que en este mismo pueblo en que estamos, jugaron los holandeses á los españoles una partida igual á la de los griegos con los troyanos. En el año de 1590 el príncipe Mauricio hizo embarcar 80 soldados determinados en una barca de turbas (1). Antes de llegar á los muros de la ciudad un furioso temporal les obligó á detenerse y á estar ocultos por espacio de seis días. El agua llegaba á las rodillas á los soldados, y uno de ellos tomó tan fuerte romadizo, que no podía menos de toser con frecuencia. Temeroso de que la tos pudiera descubrirlos, tuvo el valor de

(1) Careciendo los holandeses de leña y de carbon de piedra, les sirve de combustibles la *turba*, conjunto de partículas de plantas, cuyos principios constitutivos inflamables y oleosos han sido alterados por la fermentación, y que abunda en los parajes ó países cenagosos.

presentarse á sus compañeros con un puñal en la mano, invitán-  
doles á que le mataran, pero no hubo necesidad de hacerlo. Al  
dia siguiente entró la barca en la esclusa : vienen á buscar la *tur-  
ba*, ó llamémosle leña necesaria para la guarnicion : el entablado  
que cubria á los soldados casi se queda al descubierto ; pero el pa-  
tron del falucho, hombre sagaz y tretero, halla el medio de dis-  
traer con cuentos y carocas á la guardia hasta ganar la noche :  
sale entónces el capitan Haranguer con sus soldados de su triste  
escondrijo ; cae de repente sobre la guarnicion del castillo, que  
espantada de ver aquellos hombres y creyéndolos mas en número,  
abandona su puesto : hacen prisionero al gobernador, que no ha-  
bia tenido la precaucion de romper ó levantar el puente que co-  
municaba con la ciudad y se apoderan de la poblacion. El mar-  
qués de Espinola volvió á tomar á Breda en 1625 despues de un  
sitio de diez meses, y mandó quemar la famosa barca de las *tur-  
bas*. El príncipe Mauricio que defendía la ciudad murió de pesa-  
dumbre. Mira si fué un ardid parecido al del caballo de Troya.

— ¿Te has dormido, Pelegrin? — Señor, aunque el frio no  
me lo impidiera, veo que no es país este en que se deban dormir  
los españoles : y hágame Vd. el favor de sonar la repeticion, que  
pienso ha de venir ya el dia. — Las dos y média no mas, Pelegrin.  
— No puede ser, señor ; apriete Vd. el piton con fuerza, que ten-  
go para mí que se han de haber quedado por sonar tres ó cuatro  
campanadas : y si no es eso, será que se habrá helado el muelle.

Así pasámos hasta las 4 que entraron á avisarnos ; nos levantá-  
mos sin pereza, tomámos el té, y á las 5 salimos camino de Rot-  
terdam.

#### LAS ESTACIONES.

##### Primera estacion. — El paso de Moerdyk.

Desde que salimos de la fortificada y pantanosa Breda, empezá-  
mos á conocer que nos hallábamos en los *Países-Bajos*. El camino  
estaba cubierto con una capa de nieve, y los campos laterales he-  
chos un aguazal. Á las 7½, al llegar á la pequeña aldea de *Moer-  
dyk*, se nos mandó bajar de la diligencia. — Qué tenemos que ha-  
cer aquí, pregunté. — Tenemos, respondió el conductor, que pa-  
sar el *Hollands Diep*. — ¿Y cómo le pasámos? — En vapor : ved,  
allí nos espera ya el barco. — ¿Y la diligencia se queda aquí? —  
Ah, no, la diligencia pasa en el vapor tambien.

Así fué. *Caballos y carruaje y viajeros* entrámos en el vapor. El

*Hollands Diep* es un respetable brazo de mar, en cuya travesía  
emplea el vapor de 20 á 30 minutos. Tirabeque iba asustado, y  
ademas aterido de frio, guareciéndose de la helada brisa al abri-  
go de la diligencia. Pero la mayor aprehension le entró despues,  
cuando un jóven oficial de artillería que iba á nuestro lado nos  
dijo : — Vds. sin duda son extranjeros. — Sí señor, le respondí.  
— ¿Conocen Vds. ya este paso? — No ; es la primera vez que ve-  
nimos por este país. — Pues esta travesía es un poco peligrosa :  
aquí se ahogó *el Estatuder Guillermo el Frison*, príncipe de Oran-  
ge, en el año 1711 : ¡ desgraciado ! ¡ despues que habia librado  
de la muerte en tantos combates !

Noticia fué esta que hizo á Tirabeque dar diente con diente, no  
sé si sería tanto de frio como de pavora. Pero al fin nosotros ga-  
námos la otra orilla sin novedad.

— Señor, me decia mi lego ; ¡ sobre que es imposible que una  
tierra tan húmeda me pruebe bien á la salud ! Pero entrámos en  
una casita, tomámos otra taza de té, y se reanimó un poquito. Esta  
fué la *primera estacion* de aquella mañana.

##### Segunda estacion. — El paso de Dordrecht.

Con la travesía del *Hollands Diep* y del *Lago Zwaluwe*, dejá-  
mos atras la Flándes holandesa, y entrámos en la Holanda pro-  
piamente dicha. El panorama que ofrecia á nuestros ojos este país  
era singular, extraordinario, sorprendente para el extranjero que  
le ve por primera vez, y magnífico é imponente á un mismo  
tiempo.

Las lluvias habian inundado ya los campos : los rios se confun-  
dian con los canales, los canales no se distinguian de las lagunas,  
y las aguas detenidas formaban una masa comun con las corrien-  
tes. Solo sobresalian los diques con que aquellos laboriosos ha-  
bitantes preservan sus campos de la inundacion ; y á sus orillas  
asomaban las puntas de los arbustos y mimbres, y las copas de los  
árboles con que fortalecen aquellos baluartes artificiales. Todo lo  
demas estaba sumido en las aguas. El arrecife por donde mar-  
chaba nuestro carruaje, y que era de ladrillo como casi todas las  
calzadas de los Países-Bajos, apénas tenia una pulgada de eleva-  
cion sobre las mismas aguas, y á nuestra derecha divisábamos  
el golfo de *Biesbosch*, ó *Bosque de los juncos*, distinguiéndose apé-  
nas las infinitas isletas que tiene en su derredor este peligroso  
golfo, fórmado por las inundaciones.

— ¿Qué les parece á Vds. de estas tierras? nos preguntaba el jóven y amable artillero. — Mejor fuera, le respondió Tirabeque, que nos preguntara Vd. qué nos parecía de estas aguas, porque aguas, que no tierras, es lo que yo veo aquí, y esto mas parece hecho para habitado por peces que por hombres. — No es maravilla que Vds. vengan admirados; á todos los extranjeros les sorprende el espectáculo que presenta el país en esta estacion. Nos hallámos en la parte mas baja de todo el mundo. El terreno por donde marchamos está bajo el nivel del mar, y solo le preservan de ser tragado por sus aguas los famosos diques con que los holandeses han logrado refrenar su furia; diques que prueban bien hasta dónde mis paisanos han hecho llegar la industria humana. Ellos han conquistado tierras al Océano, y le han hecho retirar sus límites.

— ¿Veis (continuó) estos otros diques menores adornados de árboles y festoneados de tejidos de mimbrés, que preservan nuestros campos de la inundacion de los rios? Pues en la estacion del verano veriais dentro de ellos tierras de labor esmeradamente cultivadas, ó bien praderas las mas risueñas del mundo. — Ya se conoce, le dije yo, en algunos trozos que aun dejan descubiertos las aguas. — Señor, exclamó mi lego, ¡qué berzas tan atroces se erian en este país!

Efectivamente, en los parajes no inundados se veian las verduras y hortalizas creciendo con una lozania admirable y con una vegetacion robustísima.

Así fuimos entreteniendo el camino, unos ratos incomodándonos la niebla, otros templándonos el calor del sol, unas veces enfriándonos la ventisca y otras gozando de un temple atmosférico agradable (porque no hay temperatura mas inconstante que la de los Países-Bajos), hasta llegar á *Dordrecht* á las once de la mañana.

Figúrate en tu imaginacion, lector amado, una poblacion de 20,000 almas, limpisima, nueva, con calles enladrilladas, cuyas casas son tambien de ladrillo de diferentes colores, encarnadas unas, verdes otras, unas azules y otras jaspeadas, algunas de madera bellamente esculpida; fundada toda sobre estacas clavadas en el rio: desde cuyas ventanas se llenan á mano las vasijas del agua del Mosa, y á las cuales se aproximan las embarcaciones, en términos que desde las mismas ventanas se pueden tambien cargar y descargar, y tendrás una idea de lo que es la pintoresca y anfibia *DORDRECHT*.

Pero figúrate tambien, lector hermano, que te dicen en la pintoresca y anfibia *DORDRECHT*, ó *DORT*, como pronuncian por abreviar los naturales; — ¿veis esta bella ciudad taraceada de colores como una alfombra? pues esta ciudad está fundada sobre una pequeña isleta que formó la terrible inundacion del siglo XV, que se tragó toda una hermosa y floreciente comarca, que se absorbió muchos palacios, setenta y dos pueblos y mas de cien mil personas. Discurre, hermano lector, si con estas noticias estaria tranquilo Tirabeque en *Dordrecht*; Tirabeque, hombre continental por esencia y de tierra firme por todos sus cuatro costados.

No daba un paso que no temiera se abriese bajo sus piés la boca de un abismo; no se atrevia á pisar fuerte, porque le parecia que el suelo se cimbrecaba con su peso como un puente de alambre. En el rato que allí permanecimos traté de entretenerle diciéndole: — Este pueblo, Pelegrin, ha sido muchas veces foco de grandes revoluciones y teatro de desórdenes sangrientos. Aquí fué donde se tuvo la primera Asamblea de los Estados generales, y donde el príncipe de Orange echó los cimientos de la poderosa República de las Provincias Unidas. — Echaria, si señor, pero valiera mas que hubiera echado otros cimientos mas sólidos á la ciudad, y con eso no tendria yo, como tengo ahora, el alma en un hilo. — Y aquí fué tambien, Peligrin mio, donde se agitaron en el siglo XVII las famosas cuestiones de la *predestinacion* y de la *gracia*, que siendo una vana disputa de escuela, llegaron á hacerse un violento negocio de partido: y aquí fué donde tuvieron los calvinistas el famoso Concilio en que fueron condenados los Arminianos ó Remonstrantes. — Todo eso está bien, señor; ¿pero cuándo salimos nosotros de este pantano?

En esto nos avisó el conductor que el barco estaba ya dispuesto. Entrámos pues otra vez *caballos y carruaje y viajeros* en otro vapor, y así pasámos del otro lado del Mosa, que fué la segunda estacion de aquella mañana. Aquí los caballos nose desengancharon de la diligencia.

Tercera estacion. — El paso de Isselmonde.

«Aquí de don Quijote, mi amo: ¡poder de Dios, y qué cosecha de aventuras hubiera podido recoger el hermano manchego si hubiese venido por aquí!» De esta manera exclamó Tirabeque al ver desde el vapor los grupos de molinos de viento que á las márgenes de uno y otro lado del Mosa hacian la visualidad mas